

Historia de las ideas o historia profesional. Una propuesta integradora

Helio Carpintero
Universidad Complutense

*A la memoria de Antonio Caparrós, a quien estos temas
tanto le importaban.*

El desarrollo de la psicología en el siglo XX ha puesto en evidencia su condición histórica. Durante ese tiempo, la pluralidad de tendencias, la multiplicidad de puntos de vista, y el desarrollo extraordinario de sus aplicaciones han servido, en cierto modo, de rasgo distintivo de ese campo del conocimiento. Se trata de una diversidad tan amplia y tan profunda que ha permitido cuestionar razonablemente la unidad del campo de conocimiento en el que los psicólogos se mueven.

Todas las creaciones del hombre son siempre hijas de su época; el nacimiento de la ciencia psicológica, también. Hay algunas circunstancias presentes en aquella hora primera de fines del siglo XIX en que la psicología surge, con las que hay que contar para comprender lo acontecido.

Una es la decadencia de la filosofía, surgida entonces como consecuencia de la bancarrota del idealismo alemán y la emergencia del cientismo positivista. Una segunda es la aparición del evolucionismo, que había de alinear al hombre con el resto de las especies biológicas, e iba a medir la mente humana y en general su organismo desde los valores biológicos de adaptación y supervivencia (Pinillos, 1975; Gruber, 1980). La tercera viene sin duda marcada por los éxitos de la técnica surgida de la ciencia a la hora de cambiar el mundo. Éste es otro de los rasgos esenciales que caracteriza nuestra civilización actual. Incluso se ha llegado a ver en esa dimensión tecnológica el fundamento más sólido sobre el que basar su identidad disciplinar (Caparrós, 1984).

La psicología nació así bajo el signo de una naturalización empírica de la mente, de una inmensa fe en la ciencia, que aspiraba a convertirse en la totalidad del saber; y de una convicción generalizada respecto a la posesión de un poder técnico absoluto con que la naturaleza podría supeditarse a los deseos del hombre futuro.

Los desarrollos teóricos del siglo XX

Todo relato histórico de la psicología del siglo XX comenzará siempre por mostrar la existencia de una gran pluralidad de escuelas, y el carácter cuestionable de su unidad doctrinal que la unifique como saber.

La psicología nació con la aspiración de formular leyes empíricas que describieran, y en lo posible explicaran, la multitud de fenómenos y vivencias que forman la experiencia o vida mental del hombre. Aunque la pretensión no parece haber perdido vigencia, a lo largo del siglo han ido apareciendo cambios profundos en los modelos teóricos utilizados, y una continua expansión de los campos de estudio. Además, ha podido parecer que surgían las más diversas aplicaciones prácticas, al tiempo que se desvanecía el núcleo central de intuiciones que debería unificarlas. Se ha podido decir (así, Koch) que había sólo una amplia y tenue unidad genérica en la familia de disciplinas nacidas al compás del acercamiento de la psicología a la vida cotidiana individual y social.

Recordemos, rápidamente, algunas de las tesis pluralistas que han tenido mayor difusión. En 1971, R.W. Coan (Coan, 1971) llevó a cabo su bien conocido estudio factorial de las teorías psicológicas, en relación con una serie de variables relativas al contenido, metodología, supuestos filosóficos y orientación epistemológica. Obtuvo una serie de factores de primer orden, que luego se reunificaban gracias a la obtención de dos grandes factores de segundo orden (sintético frente a analítico; funcional frente a estructural), y que en último término venían a converger en uno de tercer orden, representativo de una dimensión muy general, la que se extiende entre los polos de «orientación fluida» versus «orientación restrictiva» (Coan, 1979).

De modo parecido, R.I. Watson mantuvo su idea de la existencia de ciertas dimensiones o «prescripciones» que, ya que no unificuen, al menos establecen unas bases de comparación entre unas y otras escuelas (Watson, 1977).

Análoga visión pluralista del campo han mantenido autores como A. Staats (1991) o el notable S. Koch, quien llegó a proponer un cambio terminológico que se ajustara a lo que le parecía ser la verdadera situación de la psicología: sustituir «psicología» por «estudios psicológicos», a fin de desvanecer cualquier ilusión de unidad entre sus cultivadores (Koch, 1984). En fin, podría ocurrir que no hubiera un núcleo problemático central, sino una variedad de campos y direcciones tan rica y diversa como la mente humana... (Hunt, 1993). Esta situación vendría a justificar la idea de inexistencia de un paradigma en nuestra disciplina (Caparrós, 1980).

Multiplididad de la psicología aplicada

La psicología surgió como un saber teórico, pero pronto se fue poniendo de manifiesto su capacidad para resolver cuestiones de muy varia índole social. Su significación como saber aplicado iba a llegar, con el tiempo, a equipararse con su condición de ciencia pura.

El campo aplicado pronto mostró caracteres no demasiado distintos de los del más estrictamente teórico. En particular, también en él se fue evidenciando la aparición de una casi ilimitada diversidad.

Inicialmente, se fueron perfilando tres grandes campos de intervención. Uno, directamente relacionado con la escuela y los niños; otro, el amplio mundo de los trastornos comportamentales; finalmente, el variado campo de la industria, las instituciones sociales, e incluso, aún más en concreto, el mundo relacionado con las grandes sacudidas bélicas que han tenido lugar en la centuria. Las demandas que fueron apareciendo en cada caso han terminado por ejercer una profunda influencia en el desarrollo de la psicología. Veamos de modo muy sumario algunos de los hitos de cada una de esas historias.

En el campo de la *psicología escolar*, se impulsó muy pronto el estudio del niño, de su capacidad de aprender y de la evolución de su mundo de afectos e intereses, lo que constituye una serie de piezas necesarias para el educador en su trato con aquel. William James, en unas conferencias psicológicas a los maestros (*Talk to teachers*, 1899) ya afirmó la utilidad de su ciencia para fundamentar la metodología de enseñanza y para ilustrar al maestro acerca de «cómo aprenden los niños». Poco después, por necesidades surgidas ante la escolarización obligatoria en Francia, en 1905 Alfred Binet (1857-1911) construyó con el médico Theodor Simon (1873-1961) un test de inteligencia que iba a convertirse en una prueba de alcance universal, gracias a su valor práctico. Progresivamente se fue viendo con claridad que la psicología podía aportar conocimientos e instrumentos de enorme utilidad a la labor educativa de los docentes. A lo largo del siglo, la interacción entre ambos campos del saber, psicología y pedagogía, no ha hecho sino crecer (Gallagher, 1994; Pallincsar, 1998; Gardner, 2000).

Otro tanto ha acontecido en el campo de la *psicología clínica*. También éste ha crecido de un modo espectacular a lo largo del siglo, convirtiéndose en muchos lugares en la primera opción profesional de los jóvenes psicólogos. El psicólogo tiende a considerar los trastornos como conductas defectuosas y maladaptativas, a las que se trata de modificar mediante cambio de vivencias –representaciones, motivos, afectos– y adquisición de nuevos hábitos, en todos aquellos casos en que no aparece una causa de base orgánica que requiere otro tipo de intervención biofisiológica. Mencionemos entre sus figuras pioneras a Lightner Witmer (1867-1956), quien funda en 1896 una pequeña clínica universitaria en Estados Unidos tomada luego como modelo una y otra vez. La exigencia de un saber en que basar la intervención fue reconocida por el llamado 'modelo clínico de Boulder' (Raimy, 1950), que hace del psicólogo clínico no sólo un terapeuta sino también un investigador. Con el tiempo, se ha multiplicado la presencia del psicólogo en los sistemas de salud, con tareas de prevención y de apoyo emocional y cognitivo a los pacientes y a grupos terapéuticos (Rodríguez Marín, 1998).

Por su parte, la *psicología industrial* mereció pronto la atención de científicos y de empresarios, al advertirse que una buena adaptación al puesto de trabajo beneficiaba al trabajador y beneficiaba a sus empresas. Desde los primeros años del siglo XX avanzó por los países industrializados la orientación profesional, así como los estudios sobre organización científica del trabajo –p. ej. los de F.W. Taylor (1856-1915)– que atrajeron la atención de los gobiernos y de las organizaciones sociolaborales hacia esas cuestiones. Rápidamente se fue acortando la distancia que separaba a los psicólogos de la sociedad. Los testimonios ante tribunales judiciales, el anuncio industrial y comercial, la publicidad, la seguridad en la circulación en calles y carreteras, y muchas otras cuestiones, atrajeron la atención de los psicólogos. Se trataba de hacer que la psicología ayudase a resolver las cuestiones prácticas, en cuanto estuviera envuelta en ellas la conducta de un ser humano. Los conceptos se iban plegando a las exigencias del ámbito de aplicación.

El complejo mundo aplicado encontró un espíritu comprensivo capaz de darle una estructura conceptual que le proporcionó una estructura intelectual coherente; se trata del psicólogo alemán Hugo Münsterberg (1863-1916), luego durante muchos años activo en Estados Unidos, autor de unos *Fundamentos de psicotecnia* (*Grundzüge der Psychotechnik*, 1914), y de numerosos estudios aplicados al campo de la industria y la escuela. De entonces acá, numerosas investigaciones han explorado las múltiples dimensiones del individuo que poseen relevancia para el funcionamiento de las organizaciones –aptitudes, habilidades, fatiga, motivación, socialización, etc.– mientras otras han ido clarificando las demandas objetivas que éstas imponen a los individuos –liderazgo, sistemas de roles, clima social, etc.–. La dispersión de temas terminó por refluir sobre la diversidad de procedimientos y de conceptos. La multiplicidad terminó por imponerse en todos estos temas.

En busca de una unidad teórica

La cuestión de la unidad del campo científico sigue gravitando sobre sus cultivadores. La multiplicidad de puntos de vista, aparentemente, no ha disminuido. Sin embargo, una visión histórica ayuda a descubrir ciertas líneas, tanto teóricas como aplicadas, de desarrollo, que permiten entrever la existencia de una efectiva unidad.

Comencemos por el campo de la actividad estrictamente teórica.

Y es el caso que la influencia de Wundt en la ciencia posterior no puede ser en modo alguno minusvalorada. Se ha dicho que las diferentes tradiciones nacionales que han tenido consistencia a lo largo del siglo terminan siempre por mostrar una conexión con el gran investigador alemán. Durante años, su laboratorio fue la meca deseada para los jóvenes psicólogos experimentales del mundo entero, si bien entrado el nuevo siglo, su influencia decreció por varias razones, desde la política a la epistemología... (Rieber, 1980)

Wundt había buscado describir la estructura de la vida mental, relacionán-

dola no sólo con el organismo sino con el cambio que introducen las diferentes épocas y mentalidades que han dominado la evolución humana. Su proyecto se quedó enseguida corto para las demandas de sus discípulos, aunque su última inspiración no ha dejado de alentar en otras escuelas y doctrinas. Sus planteamientos resultaron, de diversos modos, insuficientes, y buena parte de la investigación que vino tras él consistió en el esfuerzo por remediar aquellas limitaciones. Pero esto quiere decir que, si bien por modo de negación, su obra ha tenido repercusiones decisivas en la historia posterior. El siguiente esquema procura recoger las líneas más interesantes, sin agotarlas:

I) Frente al *estructuralismo* de Wundt, y el relieve que concedió al «contenido», se desarrollan los movimientos orientados al estudio de la «función» —*funcionalismo*—. Pueden incluirse aquí los europeos Brentano, Ward o Claparède, y los americanos James, Dewey y Angell.

II) Frente al *mentalismo* introspectivo de Wundt, se desarrollan los sistemas de psicología *objetiva*: la reflexología rusa (Sechenov, Bechterev, Paulov), el conexionismo de Thorndike o el conductismo americano.

III) Wundt limitaba la psicología experimental al plano de la sensación —*sensacionismo*—; la psicología posterior se esfuerza por introducir procesos más complejos: la memoria (Ebbinghaus), el pensamiento (Külpe, Binet), el sentimiento (Lipps), etc.

IV) Wundt mantenía una posición atomista o elementarista ante la vida psíquica; el planteamiento totalista de la escuela de la Forma o Gestalt (Wertheimer, Koffka, Köhler), con sus ampliaciones al organismo (Goldstein) y al campo de comportamiento (Lewin), así como la psicología personalista (Stern, Allport), han tomado opuesto signo.

V) La psicología de Wundt se ocupaba de la mente del hombre adulto normal y occidental. Los estudios de psicología *infantil* (de Preyer en adelante), *diferencial* (McK Cattell, Binet), *social y patológicos* (Ribot), habían de ensanchar el esquema.

VI) Wundt buscaba una psicología *explicativa*. Frente a ella aparecen la psicología *comprensiva* de Dilthey, y la *fenomenológica* de Husserl, centradas sobre el enfoque descriptivo de los fenómenos psíquicos.

VII) Wundt situaba el problema psíquico individual en el plano de la conciencia. Frente a ello, el psicoanálisis, desde Freud, pondrá de relieve los procesos no conscientes, y los conductistas prescindirán en absoluto de la conciencia (Watson).

Por otro lado, está su esfuerzo por establecer una psicología como ciencia, con control experimental, abierta a lo fisiológico y a lo social, con sustantividad e independencia frente a las demás ciencias. Sus discípulos dieron nuevo impulso a este proyecto, y de alguna manera su núcleo resultó ser el verdadero promotor de la psicología experimental que hoy conocemos.

El cognitivismo ha representado, después del conductismo, una recuperación de la perspectiva «mentalista». Y con ello, ha sido visto por muchos como una recuperación de la perspectiva wundtiana en psicología. En efecto, la llegada de los ordenadores, máquinas que manipulan símbolos de acuerdo con reglas y producen resultados con sentido, abrió un camino nuevo para comprender a los otros

cerebros, los naturales biológicos. Desde los años sesenta ha atraído a los psicólogos esa posible comparación (Rivière, 1991). El resultado ha sido un nuevo cambio, especialmente en el mundo de influencia anglosajona, que ha vuelto a hacer de la psicología una ciencia de la mente. Ésta, mediante representaciones y reglas, ajusta el comportamiento al entorno de acuerdo con las informaciones externas e internas de que puede disponer: la psicología se ha vuelto «cognitiva».

Este esquema sucinto deja ver que hay una unidad real y efectiva en el campo de la psicología, si bien no ordenable mediante relaciones de simple despliegue de las potencialidades conceptuales del marco original. Lo que la historia muestra es una estricta unidad teórica concebible sólo en términos dialécticos. La pretensión wundtiana de una ciencia sobre la experiencia mental subjetiva y sus manifestaciones vitales se ha mantenido a lo largo de la centuria: lo que ha ocurrido es que toda una serie de dimensiones presentes en el modelo originario se han mostrado como limitaciones y reducciones superables, y la investigación ha ido construyéndose en forma de antítesis a tales limitaciones, en un proceso dialéctico que devuelve, así, la centralidad al modelo originario del fundador. Al contemplar las teorías desde una perspectiva genética, se contempla el conjunto como un sistema de alteridades. Las distintas posiciones tienden a reconstruir la experiencia común de la vida mental del hombre, y al hacerlo, van surgiendo unas doctrinas en función de las precedentes, de las que se distancian en razón de las insuficiencias o limitaciones que hallan en ellas. Se advierte así la existencia de una común referencia a la experiencia vital mental, a las posibilidades de explicación y de predicción, y a la comprensión de sus manifestaciones y expresiones.

La unidad de la psicología aplicada

A pesar de las peculiaridades de cada ámbito profesional, hay aquí también una base común más allá de las divergencias. Se encuentra, precisamente, en el hecho de la existencia de profundas diferencias psíquicas entre unos individuos y otros, de modo que sus reacciones y rendimientos en diferentes situaciones –de aprendizaje, formación, trabajo, etc.– forzosamente han de ser distintas. El núcleo teórico del mundo aplicado se encuentra, aquí, en el campo de las diferencias individuales.

Francis Galton (1822-1911) había iniciado ya en el siglo XIX el análisis de esas diferencias, relacionándolas con la herencia individual de cada uno; así abrió el campo amplísimo de su estudio, continuado por innumerables autores (Fernández Ballesteros, 1980).

Esta perspectiva diferencialista ha sido esencial para promover la creación de pruebas de evaluación de individuos, así como para dar una sustentación científica a los movimientos más variados de intervención individual y social (Jacoby y Glauberman, 1995).

Esta ciencia de las diferencias se ha venido a encontrar situada en el centro de innumerables conflictos sociales, con carga política de vario signo, y

siempre ligados a concepciones socioantropológicas definidas. Lo interesante es que, además de representar un definido «punto de vista» sobre los problemas psicológicos, ha arrastrado consigo una serie de cuestiones de contenido que impulsan a considerarla como un «quasi-paradigma» equivalente a los de las diferentes escuelas teóricas.

En efecto, la psicología aplicada muestra ciertos rasgos caracterizadores de su modo de aproximación, entre los que destacan los siguientes.

Es fácil ver, en primer lugar, que en todos los estudios interventivos, el objeto lo constituye la conducta de la persona, si bien en una cierta situación determinada que define el sector de aplicaciones que está en juego. En ese estudio, resulta por lo general imposible dejar a un lado el tema de la conciencia o del conocimiento. Y esto sucede tanto cuando nos ocupamos de lo que el hombre hace en una empresa u organización, como cuando se trata de ajustarlo a los requerimientos de una escuela, o de su sometimiento a un determinado proceso de tratamiento médico, o de encajarlo en mil otras situaciones. Así, mientras algunas escuelas teóricas contemporáneas pudieron prescindir de su consideración, los psicólogos aplicados hubieron de concederles el lugar central que les corresponde en la vida humana.

En segundo lugar, en el mundo psicotécnico los factores sociales e históricos han tenido siempre un reconocimiento indiscutido. Toda consideración del hombre en situación requiere que se tengan en cuenta las valoraciones, condicionamientos y requerimientos grupales y sociales que operan activamente a la hora de modular las percepciones que el sujeto tiene de su tarea y su entorno. Subrayando esa dimensión histórica la filosofía contemporánea ha acentuado la condición del hombre como ser que se autorrealiza a través de sus actos (p. ej., Ortega, Heidegger, Sartre...), y que ha de ser caracterizado antes por lo que hace que por lo que posee —antes por el uso que da a sus habilidades, que por la riqueza y variedad de estas últimas, como ya pensara Adler.

En esa consideración, los factores de género y edad cobran un peso frecuentemente de primer orden. Es lo que ocurre en los procesos educativos, o en el campo clínico, o incluso en el laboral: innumerables cuestiones resultan imposibles siquiera de plantear si no se comienza por partir por un reconocimiento de esos dos elementos.

Los psicólogos aplicados, o psicotécnicos —como solían ser llamados en el mundo europeo de los años 20 o 30—, nunca han dejado de considerar, a la hora de llevar a cabo sus evaluaciones de aptitudes o de inteligencia, que toda medición carece de valor absoluto, y sí en cambio posee valor relacional: las mediciones de habilidades han de ser siempre interpretadas dentro de los parámetros definidos para cada grupo social, y que permiten el establecimiento de una escala de posiciones relativas, en que todo baremo consiste. Ahí cobra su pleno sentido el concepto de validez ecológica,

Todos esos rasgos apuntan al hecho, más general, de la relevancia del concepto de 'persona' en el mundo de la psicología aplicada. La persona, concebida como una individualidad única, consciente, propositiva, determinada histórica y socialmente, es el sujeto de quien en todas aquellas investigaciones se habla. Lo vió W. Stern hace ya muchos años, y lo reafirmaron muchas de las más notables

figuras del campo de la psicotecnia, como E. Mira, L. Vygotski, E. Claparède, C. Rogers, A. Maslow y tantos más...

Se trata, en suma, de advertir que, en el amplísimo campo de la psicología aplicada, hay también un esencial principio de unidad latiendo por debajo de sus innumerables morfosis.

Hacia una historia unificada

Hemos hecho notar la diversidad de direcciones existentes tanto en el ámbito teórico como en el aplicado de la psicología. Ya hemos visto que el hecho ha llevado a cuestionar la unidad o no de su campo científico en cuanto tal. Se han acumulado dudas razonables en torno al tema de si hay ahí o no un único objeto, y si disponemos de un cuerpo conceptual y de un lenguaje tales que quepa afirmar la coherencia y cohesión de esta ciencia (Staats, 1983; Mayor, 1989; M. Yela, 1989; Koch, 1984...). Sin duda, hay muchas razones que llevarían a aceptar la pluralidad radical en este campo.

Ahora bien, a lo largo de las páginas anteriores hemos tratado de formular una propuesta de integración dentro de semejante diversidad de perspectivas. En nuestra opinión, no hay duda de que toda esa multiplicidad inmensa tiene una unidad histórica que la envuelve.

Esa unidad vendría definida por dos núcleos bien delimitados y relacionados entre sí. Uno giraría en torno de los temas teóricos, el otro iría ligado a las cuestiones aplicadas, pero ambos al cabo tendrían una raíz última común.

El primero de ellos vendría definido por el proyecto inicial, al que W. Wundt habría dado forma originariamente, de construir una ciencia natural en torno a la mente y los problemas de la subjetividad, cuestiones hasta entonces propias de la filosofía, pero rápidamente asumidas desde el ámbito del saber científico-natural. En el sistema de las ciencias se echaba en falta una ciencia de la mente, precisamente aquella que se proponía ya desde sus tiempos de Heidelberg Wundt, y en cuyo proyecto introduciría esenciales cambios en años posteriores (Graumann, 1980; Caparrós, 1980). Cuando luego contemplamos las múltiples construcciones teóricas a que se ha llegado, no deja de transparentarse, como en filigrana, el proyecto general wundtiano en forma de insuficiencia, de limitación, de prisión conceptual de la que ha sido forzoso salir. La unidad de la psicología, antes que mero desarrollo de unos principios comunes, es resultado de un proceso dialéctico de negaciones y superaciones que han ido creando un sistema riguroso de «alteridades» en que la obra de Wundt ocupa un lugar central de referencia. Pero tales alteridades conservan en general aquel núcleo experiencial que en su origen había servido de elemento demarcador, un núcleo que trascendía e incluía a sujeto y objeto bajo la forma de una interacción dinámica, y que, por lo mismo, contenía «en sí las condiciones generales, tanto de todo conocimiento cuanto de toda actividad práctica de los hombres» (Wundt, s.a.). Esa estructura de interacciones entre sujeto y mundo, que constituye en realidad la vida o existencia del sujeto, en cuanto determinada por una naturaleza

psicofísica y orgánica, vendría a organizarse como «el conjunto de actividades globales, unitarias, indivisibles, intencionales y significativas que constituyen la denominada actividad personal e individual de los seres vivos» —para decirlo con una fórmula bien expresiva de un poco conocido texto de Emilio Mira (Mira, 1955, p. 358).

Pero, además, iban a ser los problemas surgidos en el quehacer concreto de esa experiencia, que es siempre de un yo determinado en una cierta situación o circunstancia, los que iban a demandar la construcción de una psicología aplicada, que encuentra un eje en el estudio de las diferencias individuales, y otro en el de las condiciones y demandas situacionales. Ciertamente la perspectiva psicológica diferencialista es la pieza común que da cohesión al resto de su variadísimo ámbito (Caparrós, 1984). Los saberes aplicados responden a un modelo que cabe resumir en el esquema o modelo $P \times S$, (Persona \times Situación), concebido globalmente según el modelo de Lewin (Lewin, 1935, p. 73), o según el más analítico de Cattell (Cattell, 1986, 16s.). Las estructuras de personalidad, las disposiciones y habilidades propias de la persona, se activan diferencialmente en términos de las demandas de cada situación. Sus peculiaridades, su posición y peso relativos, modulan la conducta que hace posible la existencia de cada persona. Mientras la teoría general del sujeto define los sistemas operativos genéricos con que aquel se abre a toda situación, los elementos empíricos de cada individuo modulan y diversifican los modos comportamentales de operación (Eysenck, 1981).

Y de esa suerte, advertimos la radical unidad que subyace a los saberes psicológicos, sean teóricos o aplicados. En efecto, ambos están referidos a la actividad experiencial del sujeto en contextos determinados, ambos están construidos sobre el torso común de una previa experiencia precientífica que está expresada y vehiculada por las formas expresivas del lenguaje, que contienen las primeras formas interpretativas de lo mental y anímico, pasadas por el tamiz de la construcción históricosocial de la cosmovisión (Danziger, 1997, p. 12). La experiencia que se configura a través de un saber precientífico y que cristaliza según modos más bien convergentes en los innumerables lenguajes, es aquella que al cabo plantea los problemas de la reflexión teórica sistemática y las regularidades y categorizaciones del saber práctico.

Bajo el núcleo teórico general, encontramos el proyecto de un saber sobre los mecanismos mentales que regulan el comportamiento mundano —propuesto originalmente por Wundt (Carpintero, 1993)—; y en el ámbito aplicado, descubrimos que el factor unificante procede del sistema estructural que toma en cuenta las diferencias individuales, sistema que da concreción y modulación a la estructura genérica. Mientras la psicología general opera en el ámbito propio del concepto de «persona», la aplicada lo hace en el campo propio de lo «individual», concebido como nivel de concreción en que el primero se realiza. Y ello significa que, en un plano radical, el ámbito psicológico viene dotado de una red relacional que lo cohesionan, delimita y proyecta, de un modo unificado. En el curso del devenir histórico, teoría y aplicaciones, levantándose sobre los logros de una experiencia de la vida reflejada de mil modos en la cultura, pero necesitada de reconstrucción conceptual desde el horizonte de la ciencia, han generado

una compleja red de interacciones que, en su fondo, parece poseer una esencial y compleja unidad, de la que no siempre se es consciente, pero sobre la cual parece descansar la realidad institucional de la psicología. No me resisto a copiar aquí unas palabras de Caparrós, que entiendo que apuntan aproximadamente a esa misma unidad última teórico-práctica a que estoy haciendo referencia en estas breves reflexiones: «Resulta indiscutible que la identidad científica –sobre todo en los aspectos metodológicos– de la psicología tiene mucho que ver con los análisis de Spearman, Thurstone, Guilford o Eysenck, y no sólo con los experimentos de Hull en Yale y la caja de Skinner. En cierto sentido esta doble aportación se ha de considerar de forma indivisible» (Caparrós, 1980, p. 67).

Teoría y práctica, en efecto, han venido a ser dos respuestas nacidas de los problemas surgidos ante la interpretación «mentalista» que, desde hace siglos, viene inserta en la cosmovisión del hombre occidental –y no sólo en ella. Comprenderse a sí mismo, y comprender, predecir y explicar las conductas de los demás, ha dado lugar a la realidad compleja de los saberes psicológicos, cuya última y común raíz termina por hallarse en la estructura propia de la vida humana.

REFERENCIAS

- Caparrós, A. (1980). *Los paradigmas en psicología*. Barcelona: Horsori.
- Caparrós, A. (1980). El proyecto psicológico de Wundt en Heidelberg. *Anuario de Psicología*, 23, 3-15.
- Caparrós, A. (1984). *La psicología y sus perfiles*. Barcelona: Barcanova.
- Carpintero, H. (1993). Wilhelm Wundt y la psicología científica. En E. Quiñones, F. Tortosa y H. Carpintero (Eds.), *Historia de la psicología* (pp. 231-244). Madrid: Tecnos.
- Carpintero, H. (1996). *Historia de las ideas psicológicas*. Madrid: Pirámide.
- Cattell, R.B. (1986). General principles across the media of assessment. En Cattell, R.B. & Johnson, R.C. (Eds.), *Functional psychological testing* (pp. 15-32). New York: Brunner-Mazel.
- Coan, R.W. (1971). Dimensions of psychological theory. En V.S. Sexton & H. Misiak (Eds.), *Theoretical issues in psychology*. Belmont: Brooks Cole.
- Coan, R.W. (1979). *Psychologists: Personal and theoretical pathways*. New York: Irvington.
- Danziger, K. (1997). *Naming the mind*. London: Sage.
- Eysenck, H.J. (1981). General features of the model. En H.J. Eysenck (Ed.), *A Model for Personality* (pp. 1-37). New York: Springer Verlag.
- Fernández Ballesteros, R. (1980). *Psicodiagnóstico. Concepto y metodología*. Madrid: Cincel.
- Gallagher, J.J. (1994). Teaching and learning: New models. *Ann. Rev. Psychology*, 45, 171-195.
- Gardner, H. (2000). *La educación de la mente y el conocimiento de las disciplinas*. Barcelona: Paidós.
- Gruber, H. (1980). Darwin on psychology and its relation to evolutionary thought. En R.W. Rieber & K. Salzinger (Eds.), *Psychology. Theoretical-historical perspectives* (pp. 145-176). New York: Academic Press.
- Jacoby R. & Glaubergerman, N. (Eds.) (1995). *The Bell curve debate. History, documents, opinions*. New York: Random House.
- Koch, S. (1984). Psychology versus the psychological studies. *XXIII Congreso Internacional de Psicología (IUPyS) Acapulco, Resum.*, I, 175.
- Lewin, K. (1935). *A dynamic theory of personality*. New York: McGraw Hill.
- Mayor, J. (1989). ¿Psicología o psicologías? Un problema de identidad. En Mayor, J. y Pinillos, J.L. (Eds.), *Tratado de Psicología General, I* (pp. 3-69). Madrid: Alhambra.
- Mira, E. (1955). Psicología. En Enciclopedia Práctica Jackson (pp. 351-426), t. XI. Buenos Aires: Jackson.
- Palincsar, J.S. (1998). Social constructivist perspectives on teaching and learning. *Ann. Rev. Psychol.*, 49, 345-75.
- Pinillos, J.L. (1975) *Principios de psicología*. Madrid: Alianza.
- Rivière, Á. (1991). *Objetos con mente*. Madrid: Alianza.
- Rodríguez Martín, J. (1998). Psicología de la salud y psicología clínica. *Papeles del Psicólogo*, 69, 41-47.
- Staats, A. (1983). *Psychology's crisis of disunity*. New York: Praeger.